

Iván Contreras en el rescate del paisaje



Iván Contreras R.

ANNMARIE MAACK*

Un planteamiento filosófico existencial muy diáfano frente a la vida se percibe en la pintura de Iván Contreras Rodríguez. Es el paisaje su vínculo con lo trascendente. Encarnado en sus óleos y acuarelas, emerge desde trazos breves y nerviosos, a veces dramáticos y violentos, otras líricos y bucólicos, y nos devuelve imágenes reveladoras registradas algún día donde el artista atisba los principios rectores de asombrosos procesos vitales. Sus obras vienen a ser así testimonio de un diálogo sostenido al paso del tiempo con aquel mundo que conforman sus más íntimas inquietudes y aspiraciones y las impresiones de una realidad impregnada de misterio, de historia y de experiencias concretas circunstanciales. Es por ello que, como afirmamos una vez, el artista fiel a sí mismo no reniega de su obra ni de su forma de ser. Porque su pintura expresa, en la reiteración de un mismo tema, la búsqueda del hombre que se reconoce en su entorno. Y se revela de este modo su capacidad renovada de admiración frente a aquello que confirma, tal vez, su propia existencia. Es el misterio de ser o no ser lo que, en definitiva, nutre ese diálogo del pintor en su necesidad y saturación de soledad y comunión: la búsqueda de su verdad.

Ha animado su empeño por crear su obra en Concepción, la convicción de descentralizar con ello el proceso cultural artístico del país. Por eso su trayectoria se desenvuelve lejos del centro más pujante de Chile, el de la capi-

* ANNMARIE MAACK. Redactora de arte del diario *El Sur*, de Concepción.

tal. Dedicó sus mejores años a crear instancias de desarrollo artístico en esta región. Sin embargo, aunque autoexiliado en Concepción, su trabajo se proyectó y vemos que está presente en el panorama pictórico chileno. Pero forma parte principalmente de los maestros que fueron abriendo caminos a las nuevas generaciones de artistas locales, no sólo como formador que ejerce en la Universidad de Concepción, casa de estudios en la que ayudó a crear el Instituto de Arte y el Departamento de Artes Plásticas que dirigió en varias oportunidades y donde sigue ejerciendo la docencia hasta el día de hoy, tal como en la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Bío-Bío. Con su ejemplo ha hecho ver que cuando existe vocación y talento y se persiste en su cultivo, es posible surgir aun fuera de Santiago.

No obstante su esfuerzo, en el transcurso de los años fue testigo del éxodo a la capital y al extranjero de numerosos de sus alumnos, talentos que luego triunfaron en lugares que ofrecían mejores oportunidades para surgir. Iván Contreras lo comprueba con dolor, "porque esas fugas nos desangran, como nos fuimos desangrando cuando partieron los grandes artistas nuestros de los años sesenta, entre ellos Julio Escámez, Santos Chávez, Eduardo Vilches, Pedro Millar, por citar sólo a unos pocos".

La docencia y la pintura siguen siendo para Iván Contreras dos grandes preocupaciones. Dentro de la primera se inscribe también su propósito de registrar la historia de la pintura penquista y regional. Los apuntes de sus clases son el valioso aporte del investigador que se propone rescatar valores olvidados, ignorados, perdidos. Sin embargo, por sobre todos sus cometidos, el más importante por cuanto ofrece de confrontación sensible y significativa como creación artística, es su pintura, tanto sus acuarelas como sus óleos. Son obras remitidas a la realidad geográfica del artista, marcadas por el sello inconfundible del sur "que fue lo que me mantuvo, tal vez, un poco en la tradición de los pintores de la década del cuarenta, pero tampoco se puede ser moderno a la fuerza", admite el propio pintor, que tiene muy claro por dónde está lo suyo y distingue bien entre pose y autenticidad.

Quién sabe si moldearon su discurso plástico los orígenes campesinos que recuerda a ratos, como la espacialidad que sentía desde niño, cuando de espalda sobre el pasto miraba el cielo y percibía su relación con las formas de la naturaleza circundante, de lomas, vegas y cerros, volúmenes que no le eran indiferentes. A esas sensaciones primeras se fueron sumando las que provocaban los colores cambiantes de las estaciones en ese mismo entorno. Y la presencia siempre del cielo, "esos cielos realmente interesantes del sur" —como dice— y que él vive y respira, con los que canta y llora, a los que increpa y acusa y que va poblando de pinceladas que cubren, perforan o

quemar el blanco del soporte, según el temperamento o el ritmo de la idea que desea plasmar, o según la atmósfera que le interesa registrar, o el color y su intensidad.

Por eso, al reconquistar y reformular su espacio más inmediato, pareciera recobrar también la unidad con el todo, y es entonces cuando siente algo así como volver a casa, como restablecer el contacto perdido con esto que escapa y es la vida. En las imágenes que plasma sobre la tela, ya sea con fuerza o quedamente, con pasión rabiosa en trazo y color, o con ternura en formas y tonalidades gentiles, están las correspondencias con esa realidad que siente suya, próxima y lejana a la vez. No es la aceptación ni el cuestionamiento de esa realidad —comenta él mismo—, sino el retorno a sus principios. O sea, a lo que constituye el origen mismo del hombre: la naturaleza madre como concepto envolvente.

Cuando otros piensan que es la figura humana la que pareciera decirlo todo, Iván Contreras prefiere hablar con el paisaje. Ahí está el código de su emoción, de su sentir y de su pasión. Y elige la técnica que siente más adecuada para expresar aquello y legarlo a su cuantioso opus de pinturas, esa magna obra que trabaja con la sabiduría del maestro que ante la aventura de dar la primera pincelada sobre el blanco de la tela o del papel, no equivoca el paso. Y una vez puesta la primera mancha surgirán todas las que sean necesarias para construir sus motivos, los trigales de amarillo quemante o los mares de un azul sugerente, árboles de hojas inquietas, cielos palpitantes y nubes cargadas de una sensualidad vertida en grises y lilas que dan paso al blanco o al rosado, según el instante o según las sollicitaciones que siente el pintor.

Su proyecto plástico se mueve dentro de una línea en la que transitan otros artistas chilenos, como Reinaldo Villaseñor, Sergio Montecino, Orlando Mellado, entre otros. También hay afinidades con artistas del destiempo, y él menciona a Goya y Velázquez, a los impresionistas y expresionistas alemanes, a Braque, Matisse y Cézanne. Como ellos, descubre el sentido del paisaje, que no es fácil empresa —observa— “pero el pintor tiene la capacidad de ver la esencia, de captar la relación de las cosas que lo conforman y sacar conclusiones, entregar una visión de totalidad y enseñar a ver”. Todo a la luz de la lógica de la pintura y de la razón plástica.

Sugerentes, sus paisajes reflejan la inquietud primera y la ansiedad última del que se conmueve ante los misterios de una existencia que se le manifiesta a través de la naturaleza y el tejido de sus colores y formas, equilibrios y estructuras, armonías, contrastes y espacios diversos. A través de la luz y la sombra. A través de las proporciones. Por eso llegan con carga emotiva y expresan. Son paisajes mágicamente reales, pero transfigurados a la vez por

atmósferas irreales que el artista mediatiza con el color, la pincelada y la composición.

Su arte nos muestra —como apuntamos ya una vez— una profunda sustancia: la atmósfera, también, del alma. Iván Contreras lo intenta y lo logra. Es por ello que podemos suscribir lo que escribíamos en 1986 sobre su pintura: vemos en sus paisajes la vibración de un fenómeno visual y la vibración de un sentir, de un estado de ánimo, de una inquietud metafísica. Sus paisajes rurales, marinos, urbanos, sus casas y sus flores, son conocimiento y reconocimiento de un artista fiel a sí mismo. Sus retratos —tema en el que no insistió salvo contadas oportunidades—, sus acuarelas —donde no hace falta reconocer ciénagas o ver la lluvia o los lagos quietos para sentir la humedad—, sus flores y el tema siempre del paisaje para los óleos de los últimos diez o más años —que pueden ser marinas de grandes superficies y planos superpuestos, o casas y arquitecturas rurales, o lomajes de amarillos dominantes, o variaciones sobre lagos y ríos de trazos expresionistas y vibrantes que agreden la tela en su conservada individualidad, trazos que se compactan en el motivo cordillerano— son algunas de las variantes que se dan en la obra de Iván Contreras. Podría decirse que es uno de los pocos artistas que logra, con éxito, continuar una de las tradiciones más difíciles de cultivar en la pintura chilena sin caer en la repetición: el paisajismo. Desde allí se transparenta su filosofía de vida.

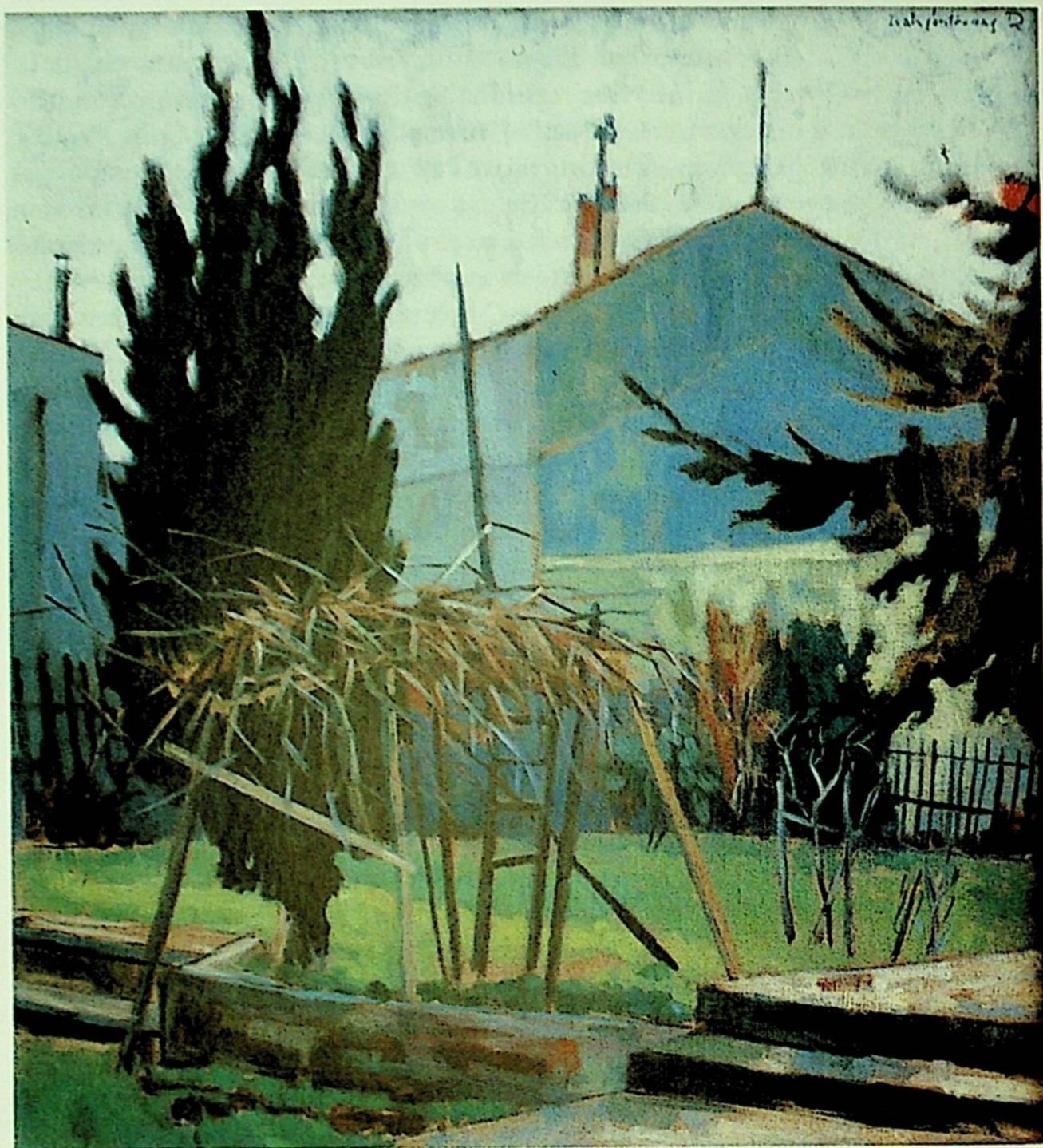
DOS JUICIOS CRITICOS

“Es posible que la más patente originalidad del pintor Iván Contreras resida en su muy natural y espontánea propensión a no mostrarse original. Puede argumentarse que, en el plano estricto de la creación, este desasimiento o inconsciente desdén no representa nada, pero no es así, pues se trata nada menos que de una actitud ética, y es esta ética proyección, precisamente, la que a la larga predetermina la autenticidad de una obra de arte por sobre cualquiera disposición estética. (—) Iván Contreras es pintor, en el mejor sentido: el empleo lúcido de los sentidos en prioridad, la entraña de la cosa concreta y una síntesis que nace de ella misma, nunca de un común denominador abstracto”. (TOLE PERALTA).

“Sus acuarelas, dentro de una tradición muy seria en este género, se caracterizan por una vibración cromática de manchas esfumadas y frías propias para expresar las luces húmedas de los paisajes...” (ANTONIO ROMERA).

DATOS BIOGRAFICOS

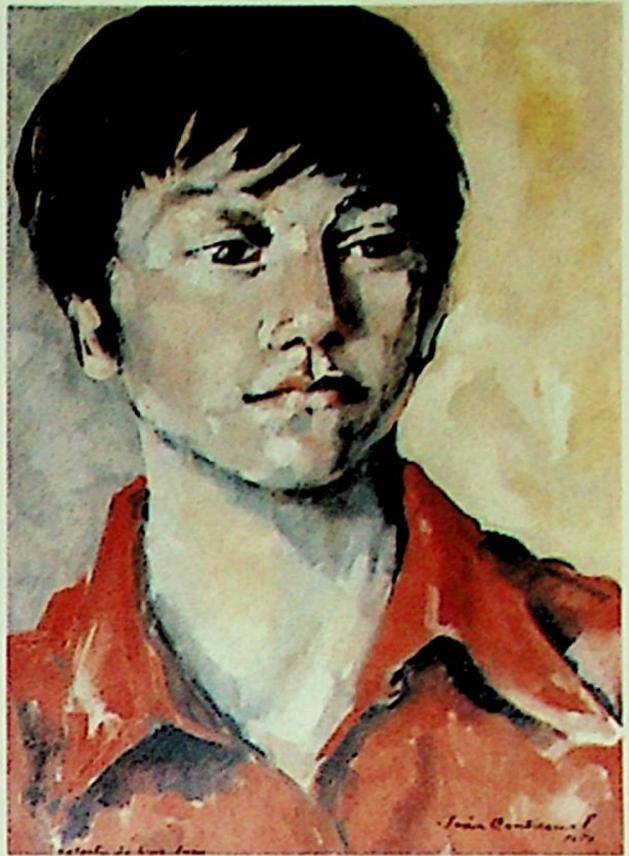
Iván Contreras Rodríguez nace en Purén, provincia de Malleco, y realiza sus estudios de arte en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, en Santiago, donde fue alumno de Carlos Pedraza, Israel Roa, Ramón Vergara Grez y Anita Cortés, entre otros. En 1978 obtiene su Licenciatura en Artes Plásticas en la Universidad de Concepción. Se desempeña como profesor de pintura, dibujo e historia del arte en la Universidad Austral de Chile, Valdivia, donde participa, además, en iniciativas de extensión artística y de organización del Museo de Artes Plásticas de esa casa de estudios. En 1960 fija su residencia en Concepción, donde ejerce su profesión de pintor y maestro de enseñanza media y dictando cursos de arte en forma particular. Se desempeña como docente en la Universidad de Concepción en el Departamento de Arte y en la Universidad del Bío-Bío, en su Facultad de Arquitectura, Diseño y Construcción. Además de su labor de pintor y maestro, investiga y difunde el acontecer artístico chileno colaborando en periódicos y revistas especializadas. Es miembro de la Asociación de Pintores y Escultores de Chile, filial Concepción. Expone en esta y otras ciudades del país, en forma individual y en colectivas. Obras suyas se encuentran en museos y colecciones particulares del país y del extranjero. En 1972 obtiene el Premio Municipal de Arte de Concepción.



I. Contreras. Interior de patio. Oleo 0,61 x 0,50 m. Propiedad de la Pinacoteca Universidad de Concepción.



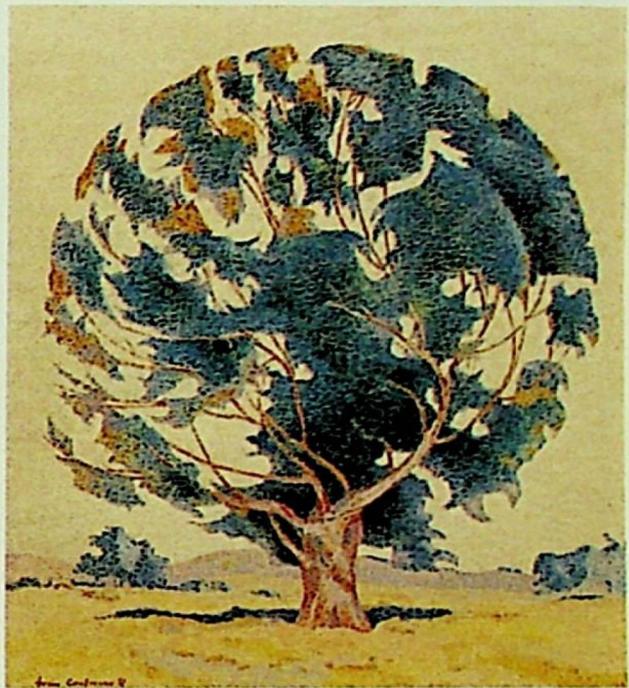
I. Contreras. Marta. Retrato, óleo 0,61 x 0,50 m.



I. Contreras. Mi hijo. Oleo 0,50 x 0,40 m.



I. Contreras. Magnolias, acuarela, 0,60 x 0,50 m.



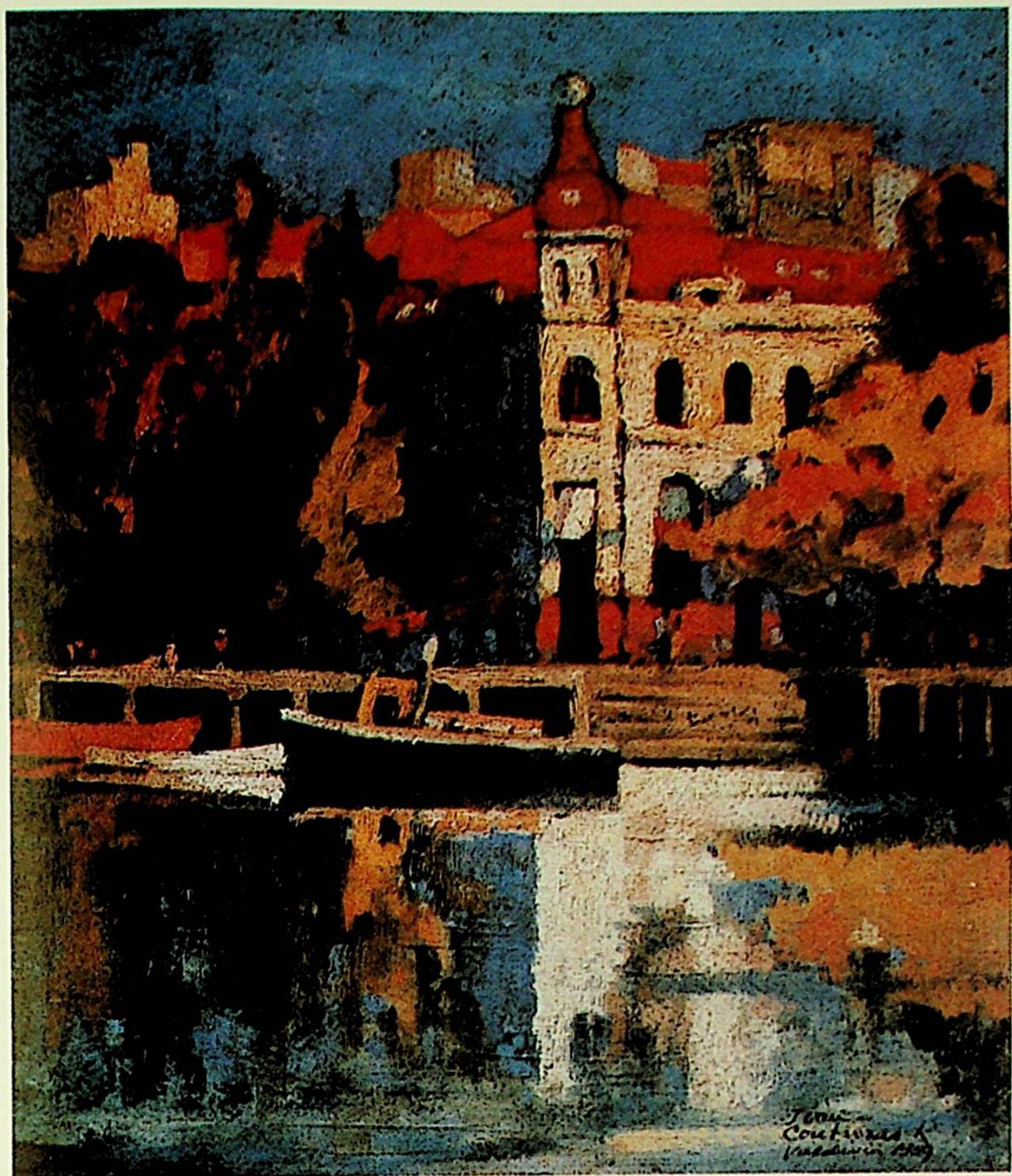
I. Contreras. El árbol, óleo 0,73 x 0,60 m.



I. Contreras. Talcahuano. Oleo 0,25 x 0,30 m.



I. Contreras. Laguna de invierno. Oleo 0,40 x 0,50 m.



J. Contreras, Valdivia y su río. Oleo 0,41 x 0,33 m. Propiedad de la Municipalidad de Valdivia.